

insultar cobardemente, dando las más vergonzosas muestras de miedo y temblando su cuerpo.

Porque este ogro no era tal ogro nada más que con los tímidos que se dejaban impresionar por el raro color de sus barbas, por su voz gruesa y por sus miradas amenazadoras y sobre todo por su continente aparatoso y por su léxico bravucón.

Una vez bien atado, los dos caballeros arrastraron a su temido cuñado al «gabinete negro», donde penetraron con antorchas. Toda la folletinesca leyenda quedó reducida a una burda farsa. Los seis espectros no eran cadáveres, sino otros tantos maniqués vestidos con ropas de las seis mujeres supuestamente degolladas que estaban colgados de otros tantos clavos.

En cuanto a las seis mujeres engañadas por la comedia de la ejecución final, habían optado por ser restituídas a casa de sus respectivas madres por el propio marido voluble y amigo de cambios. No era tampoco sangre lo que se veía en las paredes y salpicaba el suelo de la cueva misteriosa, sino un preparado químico hecho seguramente a base de óxido de hierro.

Establecida y reconocida esta verdad infinitamente menos trágica que la leyenda, los hermanos procedieron al juicio inmediato de su indigno pariente.

—Tú mereces la muerte porque no eres bigamo, sino «septígamo»— dijo el más cuerdo.

—La mereces—asintió el otro—porque siendo hombre de armas, bravucón y hablador de largo, esta es la hora en que, buscando siempre pretextos, todavía no se te ha visto en ningún campo de batalla.

—Perdonarlo—intervino la séptima esposa, a quien el gozo de haber salido indemne de un peligro que en realidad no había corrido, como no lo corrieron sus seis antecesoras, había hecho misericordiosa, y que ya tenía motivo para reclamar el divorcio—. Para desembarazarnos de él es mejor entregarlo a esos titiriteros que no deben andar lejos y ellos exhibirán en al-

guna barraca, como un fenómeno, a este hombre de la barba azul eléctrico.

—¡No! ¡Por Dios! No hagan eso—gimió «nuestro héroe»—. Déjenme libre que, para merecer su perdón, yo prometo ir en peregrinación hasta Jerusalén, caminando con los pies desnudos. Pero a los titiriteros no me entreguen, por favor.

—¡Pues a ellos te vamos a entregar!

—¡No! ¡Que me degollarán el primer día que llueva!

—¿Por qué?—preguntaron todos extrañados.

—Porque mis barbas azules... ¡son pintadas!

Miguel ZAMACOIS.

LA ESCUELA DE LAS MUJERES

Acaba de ser fundada en Bélgica una escuela para mujeres que aspiran a ser perfectas esposas. Tiene esta escuela un programa cuyo principio fundamental es este: «El secreto de la felicidad conyugal está en la habilidad de la mujer para retener a su marido en casa».

De tal principio derivan las cuatro enseñanzas de la escuela, que son:

Primera. Saber de cocina lo bastante para que el menú de las comidas no carezca de atracción.

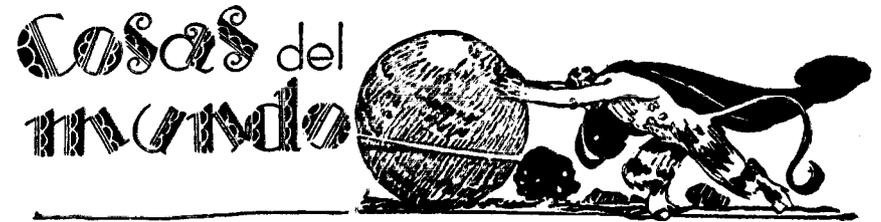
Segunda. Dominio de la contabilidad, con objeto de evitar desequilibrios en el presupuesto familiar.

Tercera. Conocimiento perfecto de la coquetería bien entendida, o sea del arte de vestirse y de prestar a la belleza personal el mayor relieve posible.

Cuarta. Estudio y práctica del arte de la conversación.

Con tal programa han de estar conformes todos los maridos, y hay que reconocer máxima experiencia e inmejorable voluntad en las mujeres que han establecido estas cuatro bases de la perfecta dicha a que puede aspirar un hombre casado: Buena mesa, poco gasto, mujer seductora y amena charla... Pero, ¡Dios mío!, ¡qué triste opinión supone tal programa, en lo que se refiere a la psicología y al idealismo de los novios, en este tiempo!

Visado por la censura



La misa de Luis XVI

No hace mucho que en «L'Action Française» apareció un artículo de M. A. de la Vallette Mombrun explicando «los orígenes, no ciertamente confusos, pero un tanto imprecisos», de la ceremonia religiosa conocida con el nombre de *misa de Luis XVI*, que este año se ha celebrado, como de costumbre, en París, en la antigua iglesia de los Reyes de Francia: Saint-Germain-l'Auxerrois.

Dice el articulista que la misma noche de la ejecución del infortunado Monarca, Sansón, el verdugo, comenzó a sentir remordimientos, y no tardó en buscar a un sacerdote a quien conocía, al que comunicó su propósito de hacer celebrar cada año una misa expiatoria.

Así se hizo, y cuando Sansón murió, su hijo Enrique siguió cumpliendo sin interrupción la voluntad de su padre hasta 1840, en que a su vez falleció.

Además, se sabe que en varios puntos de Francia, y más o menos disimuladamente, se verificaron algunas ceremonias de penitencia y de expiación al tener noticia de que el Rey había sido ejecutado.

El Papa Pío VI hizo decir una misa en la capilla del Quirinal, donde monseñor Leardi Casalencí pronunció el panegirico de Luis XVI.

La ceremonia adquirió carácter oficial en la época de la Restauración, y la primera misa solemne se dijo el 21 de Enero de 1815, con motivo de la traslación de los restos de los Monarcas a Saint-Dennis.

Acaso la iniciativa corresponde a Chateaubriand, que hizo una invitación expresa a la Cámara de los Pares para que se decretase que el día 21 de Enero era día de expiación nacional.

Esta idea, que no fue adaptada por la Cámara, pudo sugerir a los realistas la de instituir la misa de Luis XVI.

A petición de Luis XVIII se estableció la costumbre de leer *ex cátedra* el testamento de Luis XVI, costumbre después abandonada, y que a M. La Vallette Mombrun le

parece singularmente recomendable, porque considera que aquel testamento es una verdadera incitación a la *unión sagrada*.

Concluye el artículo señalando el desarrollo que va adquiriendo en Francia el deseo de reivindicar la conducta de Luis XVI, y recordando la frase de Pío VI, que decía que aquel Rey «había cambiado una corona de lises frágiles por otra de lirios inmortales».

Anécdotas

Al salir de una ceremonia religiosa, en que había predicado un fraile franciscano, el cardenal Richelieu, asombrado de que no le impusiera su presencia, le mandó llamar para preguntárselo.

—¡Ah, monseñor!—le contestó el predicador—. Ensayé mi sermón en un jardín, delante de unas plantas, entre las que había varias rojas, y así me he acostumbrado a hablar delante de los cardenales.

El espiritual escritor francés Chamfort, a quien hizo sentir en cierta ocasión un ministro la superioridad de su cargo, le replicó en seguida:

—Yo no ignoro nada de lo que debo saber... Por eso sé que es más fácil estar por encima de mí que a mi lado.

SALVANDO LA VALLA



¡Cómo! ¿No hace dos años que me pediste permiso para ir al entierro de tu tío?

—Sí, señor. Pero es que aquella vez lo enteraron vivo.